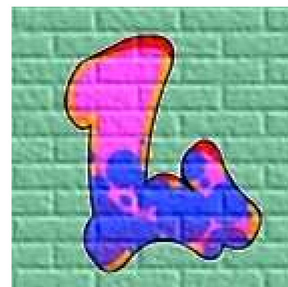
Lengua



4° año secundario

Novela e historia en El recurso del método de Alejo Carpentier

¿Quién es Alejo Carpentier?



Novelista y ensayista cubano que ejerció gran influencia en la literatura latinoamericana. Nació en La Habana el 26 de diciembre de 1904. Estudió en la Habana y luego en Paris. En 1945, se fue a vivir a Venezuela y regresó a Cuba recién en 1959, año de la revolución castrista. Desempeñó diversos cargos diplomáticos para el gobierno revolucionario. Murió en 1980 en París, donde era embajador de Cuba.

Carpentier recibió la influencia directa del surrealismo, y escribió para la revista *Révolution surréaliste*, por encargo expreso del poeta y crítico literario francés André Breton. Sin embargo, mantuvo una posición crítica respecto a la poco reflexiva aplicación de las teorías del surrealismo en América e intentó incorporar a toda su obra la 'maravilla', una forma de ver la realidad que, mantenía, era propia y exclusiva de América.

Retomando una frase de Hernán Cortés ("Por no saber poner los nombres a las cosas no las expreso"), decía Carpentier "es un problema que vamos a confrontar nosotros, los escritores de América, muchos siglos más tarde. Y es la búsqueda del vocabulario", con esto se refería a un vocabulario que permitiera traducir en palabras las maravillas de América. El uso de metáforas, imágenes sensoriales, neologismos –palabras inventadas-, alteraciones sintácticas, exageraciones, regionalismos y palabras de otras lenguas servirían como modo de expresar esta maravilla americana. Entre sus novelas, podemos mencionar. *El reino de este mundo* (1949), escrita tras un viaje a Haití, centrada en la revolución haitiana y el

tirano del siglo XIX Henri Christophe, y *Los pasos perdidos* (1953), el diario ficticio de un músico cubano en el Amazonas, que trata de definir la relación real entre España y América siguiendo la conquista española. Otras obras suyas son: *Guerra del tiempo* (1958) *El siglo de las luces* (1962), *Concierto Barroco* (1974), *El recurso del método* (1974) y *La consagración de la primavera* (1978).

El recurso del método y la figura del dictador

En siete capítulos, divididos en diferentes párrafos y con un breve epílogo fechado en 1972, Carpentier relata la vida de un dictador latinoamericano. ¿Quién es ese dictador? Aunque Carpentier ha manifestado que la presencia de la experiencia dictatorial cubana de la época de Gerardo Machado influyó en su libro de manera importante, consideramos interesante lo que dicen algunos estudiosos de su obra:

Por de pronto hay que aclarar que la presencia de la dictadura de Gerardo Machado se advierte en el libro sólo vagamente; las fechorías de las dictadura latinoamericanas son, al fin y al cabo, todas parecidas.

Bellini, Giuseppe, El tema de la dictadura en la narrativa del mundo hispánico, www.cervantesvirtual.com

Del mismo modo que el guatemalteco (Asturias), prefirió no darle nombre ni ubicación precisa a su estado, sin por eso escamotear que estaba hablando de Estrada Cabrera que rigió los destinos de Guatemala hasta 1920, también Carpentier apela al sistema de las generalizaciones, aprovechándose de esa tendencia sincrética tan característica de la visión europea de nuestra América, que tiende a homologar las más dispares formas culturales de nuestras regiones en un solo y caótico producto. Así en el nivel lingüístico, Carpentier acumula términos de diversas áreas ("huipiles", "bohíos", "tamales" y "fejoadas")...y hasta sus personajes, desbordándose, son capaces de pedir en un apuro, "una soga, una reata, una cabuya, una correia". Con todo la base es otra vez proporcionada por Estrada Cabrera (...) aunque sobre tal cuño se depositan las informaciones procedentes de dos figuras cubanas simbióticamente unidas, Menocal y Gerardo Machado, y hasta hay datos que vienen de la Dominicana de Trujillo o de la Venezuela de Juan Vicente Gómez.

Extraído de Rama, Ángel, *Los dictadores latinoamericanos*, FCE, 1976.



Actividades

Actividad 1

Investigá sobre la figura de Gerardo Machado. ¿Por qué su figura es polémica?
¿Qué relación tiene con el comunismo incipiente?
¿Quién era Julio Antonio Mella? ¿Por qué es asesinado?
¿Quién fue Mario García Menocal?

Seguimos con la novela…

La novela se construye de tal modo que impide una exacta identificación geográfica, si por un lado hay una descripción de una fiesta de carnaval más bien cubana, por otro aparecen ritos fúnebres que parecen mexicanos.

En cuanto a la determinación temporal, el narrador llena la novela de fechas referentes a meses y días, indica años, pero sin que ayuden a individuar una época exacta acerca de los acontecimientos; los cuales, sin embargo, permiten situar la acción en un período que va de una época anterior a la primera Guerra Mundial hasta la segunda postguerra, con una proyección final de la «historia»: la fecha del epílogo, 1972, denuncia tangible del repetirse constante del drama de las dictaduras.

El tiempo eterno de la dictadura que denunciara Asturias en su novela repitiendo la escena inicial de los presos camino de la cárcel, lo consigue el escritor cubano a través de la fecha indicada, que acaso indique también cuando terminó de escribir su novela.

El recurso del método* y *El discurso del método

El recurso del método tiene su punto de partida en el *Discurso del método* de Descartes, aquí «recurso», recurso de la dictadura para conservarse. La explicación se encuentra en el párrafo 8 del tercer capítulo, donde el escritor presenta al dictador obligado a enfrentarse con el levantamiento de un general y decidido, una vez que lo venza, a eliminarlo, dice: «No había más remedio. Era la

regla del juego. Recurso del Método». Entonces si el Discurso del Método de Descartes está asociado a la racionalidad, el "recurso" aquí, es justamente lo opuesto.

Las citas del Discours *cartesiano acompañan al lector durante toda la novela como un sugerente breviario, partiendo del propósito enunciado en el primer capítulo, no de enseñar el método que cada cual debe seguir «para guiar acertadamente su razón», sino solamente para «mostrar de que manera ha tratado de seguir la suya» el dictador. El* Discours *se transforma así en una sugerencia de iniquidades; el muy leído déspota, intelectualmente afrancesado, aprende de su ilustre amigo y fracasado escritor dramático parisino, «Ilustre Académico», la justificación cartesiana de su conducta política: «bien lo había dicho Descartes: Los soberanos tienen el derecho de modificar en algo las costumbres».*

Bellini, Giuseppe, El tema de la dictadura en la narrativa del mundo hispánico, www.cervantesvirtual.com

La denuncia de las injusticias de la dictadura forma el núcleo central de *El recurso del método*, y es una trayectoria conocida, vivida: represiones, matanzas, presencia de los Estados Unidos, apoyo concreto de éstos al gobierno dictatorial y, en el momento de crisis, el abandono para apoyar a un nuevo déspota, que será a su vez un fantoche. La participación de Carpentier en el drama es amarga, pero, como ocurre con frecuencia, al final el escritor se enamora de su personaje y felizmente. Es cuando el dictador, perdido el mando y refugiado en París, va asumiendo una dimensión distinta que si bien no es positiva, sí es más humana. El narrador presenta el final del personaje en su decadencia física y mental debido al paso del tiempo y al exilio. Con gran sensibilidad Alejo Carpentier interpreta el drama humano dando al personaje, sin quererlo, una dimensión que les falta a los demás dictadores de la literatura.

Actividad 2

Respondé a las siguientes preguntas:

1. ¿En qué momento histórico transcurre la novela?
2. ¿Cuál es la relación con *El Discurso del Método* de Descartes?
3. ¿Qué denuncia la novela?

Fragmentos de *El recurso del método*

Elegimos algunos fragmentos de la novela que nos parecieron significativos para que leas. Ojalá puedas leer en algún momento el texto completo.

Primer fragmento (páginas 61-65)

Los estudiantes de la secular Universidad de San Lucas habían tenido la osadía de hacer circular un manifiesto insolente, inadmisible que el Presidente leyó con creciente ira. Se recordaba, ahí, que había ascendido al poder por un golpe de estado; que había sido confirmado en su mando elecciones fraudulentas; que sus poderes habían sido prorrogados mediante una arbitraria reforma de la Constitución; que sus reelecciones... –en fin, lo de siempre en tales prosas: Llegados eran los tiempos de acabar con una Autoridad sin rumbo ni doctrina, expresada en úcases y edictos, de un Presidente Procónsul guiado, en obra de gobierno, por los mensajes cifrados de su hijo Ariel. Pero lo grave ahora por la novedad del caso– era que los estudiantes proclamaran que, en la actualidad, tanto montaba uniforme como levita y que tan poco interesante era la causa gubernamental como la de los llamados "revolucionarios". Cambiaban los jugadores en torno al mismo tablero, y se proseguía una inacabable partida empezada hacía más de cien años... Y, para regresarse a un orden constitucional y democrático, se postulaba la figura del Doctor Luis Leoncio Martínez, austero profesor de filosofía, traductor de Plotino, a quien mucho conocía Peralta, por haber sido condiscípulo suyo. Era hombre de frente alta, angosta, venosa y despoblada, palabra seca y breve, abstemio y madrugador, vegetariano militante, padre de nueve hijos, admirador de Proudhon, Bakunin y Kropotkin, que se había carteado antaño con Francisco Ferrer, el maestro anarquista de Barcelona, promoviendo una gran manifestación en la ciudad cuando se tuvieron noticias de su fusilamiento en Montjuich –manifestación permitida por el Primer Magistrado porque la protesta era universal, y, en fin, ya que Ferrer estaba tronado y no lo levantaría nadie, un desfile, abierto en el crepúsculo, terminado en el terral de las nueve (tres horas de gritos que no eran de oposición al Gobierno), vendría a demostrar nuestro respeto a las libertades, nuestra

tolerancia con las ideas, etc., etc. El Doctor Luis Leoncio Martínez, además, concertaba sus convicciones libertarias con una suerte de teosofía nutrida de los *Upannishad*, el *Baghavad-Gita*, Anne Besant, Madame Blavatzky, y también Camilo Flammarion –interesándose por los fenómenos metapsíquicos que, en muy íntimas ceremoniales de rotación de mesas, cadenas magnéticas y concentraciones espirituales, promovían las presencias en golpes y levitaciones de Swedemborg, el Conde de San Germán, Katie King, o de la aún viviente pero remota Eusapia Paladino... Y ahora, ese soñador, ese pálido utopista, había aparecido sorpresivamente en Nueva Córdoba, soliviantando a los trabajadores de las minas de cobre y estaño, con ayuda de media docena de líderes estudiantiles. Grande le quedaba la empresa y más si se pensaba que era hombre de gabinete, admirado por unos pocos coterráneos, pero sin arrastre político en el resto del país. Vuelto a la calma por operación de una copa oportunamente servida, y analizando las cosas con criterio táctico, pensó el Presidente que, en realidad, la actividad de un enemigo común, en la retaguardia del General Ataúlfo Galván, venía a favorecerlo, limitando la acción del rebelde a dos provincias del Nordeste. Y si lo de Nueva Córdoba cobraba cuerpo, podría contarse, en última instancia, con la ayuda de los Estados Unidos, ya que la Casa Blanca estaba opuesta, ahora más que nunca, a toda germinación de movimientos anarquizantes, socializantes, en esta América de abajo, harto revoltosa y latina. Y ya iba el Primer Magistrado a considerar la situación con el Coronel Hoffmann, cuando una segunda hoja, escrita en tono satírico y jocoso, volvió a encenderle –y esta vez mucho más que antes- la ya caída ira. Ahí su oratoria era puesta en solfa con una criollísima prosa donde se le calificaba, en remedo y chunga, de "Tiberio de zarzuela", "Sátrapa de Tierras Calientes", "Moloch del Tesoro Público", "Monte-Cristo rastacuero" que, en sus paseos por Europa, andaba siempre con un millón en la cartera. Su ascensión al poder había sido “El 18 Brumario de Monipodio”. Su ministerio era “Golden Rush”, “Corte de Milagros" y "Concilio de cúmbilas". Y ahí no se perdonaba a nadie: el Coronel Hoffmann era "un prusiano con abuela negra en el traspatio"; el General Ataúlfo Galván, "chácharo bochinchero, ostrogodo de sables y vainas", en tanto que numerosos funcionarios y

jefes de la Seguridad eran puestos, según se les tuviera por trágicos o grotescos, en estampa de inquisición o de teatro bufo. Pero, lo peor, su hija Ofelia era proclamada Infanta del Rey Midas", recordándose que mientras las mujeres descalzas de acá no tenían un hospital donde parir, la agraciada criolla, coleccionista de camafeos antiguos, muy preciosas cajitas de música y caballos de carrera, había dado millares de pesos nacionales (a 2,27 el cambio contra dólar) a empresas y organizaciones tales como "La obra misionera en China", la "Liga para la protección del arte gótico" y la "Fundación de la Gota de Leche", presidida, esta última, por una Duquesa europea...¿y el fuero centenario?, ¿la autonomía?" –"No estoy para pensar en semejantes pendejadas. Bastante que han jodido ya con esa autonomía. Estamos en estado de emergencia."–"¿Y si resisten, si tiran ladrillos desde las azoteas, si desjarretan a los caballos, como hicieron en 1908?"...

Actividad 3

1. Investigá quiénes fueron Proudhon, Bakunin y Kropotkin. ¿En qué consistía su filosofía?
2. Respondé las siguientes preguntas:
a. ¿Cómo enfrenta Luis Leoncio Martínez al presidente?
b. ¿Con el apoyo de qué país cuenta El presidente? ¿Cuáles son las causas por las que recibe ese apoyo?
c. ¿A qué se dedica la hija del presidente? ¿Por qué está cuestionado en el texto? ¿Qué dicen los enemigos de El presidente al respecto?

Segundo fragmento (151-154)

Pero algo desasosegaba, esta vez, al Primer Magistrado. Y era un problema de palabras. Ahora, al regresar *allá,* antes de lucir nuevamente un uniforme de General que le sabía a gala postiza –ésa era la verdad– ya que él mismo se lo había echado encima, así, con galones y todo, un día de alboroto juvenil, conservándolo luego por aquello de que, en su país, general más, general menos...; ahora, antes de acrecerse en ecuestre estatura, antes de ceñirse las sonantes espuelas de jaripeo que en campaña usaba, habría que hablar, que pronunciar palabras. Y esas palabras no le venían a la mente, porque las clásicas, las fluyentes, las socorridas,

las que siempre había usado en casos anteriores, parecidos a éste, de tanto haber sido remachadas en distintos registros, con las correspondientes mímicas gestuales, resultarían gastadas, viejas, ineficientes, en la actual contingencia. Cien veces contrariadas por sus actos, esas palabras habían pasado del ágora al diccionario, de la encendida catilinaria al repertorio de las retóricas, de la elocuencia oportuna al desván de los trastos –vaciadas de sentido, secas, yermas, inutilizables. Pilares de sus grandes discursos políticos habían sido, durante años, los términos de *Libertad, Lealtad, Independencia, Soberanía, Honor Nacional, Sagrados Principios, Legítimos Derechos, Conciencia Cívica, Fidelidad a nuestras tradiciones, Misión Histórica, Deberes-para-con-la-Patria*, etc., etc. Pero ahora, esos términos (solía ser severo crítico de sí mismo) habían cobrado un tal sonido de moneda falsa, plomo con baño de oro, piastra sin rebrinco, que, cansado de las vueltas y revueltas de sus ruletazos verbales, se preguntaba con qué iría a llenar los espacios sonoros, los espacios escritos, de proclamas y admoniciones inevitables al emprenderse una acción militar –punitiva– como la que habría de iniciarse en breve. Aceptado antaño por una mayoría de compatriotas como el hombre de mano enérgica que, en un momento de crisis, de desórdenes, pudo enderezar los destinos del país, había visto su prestigio menguado, con alarmante deterioro de autoridad, tras de cada trácala, por él inventada, para permanecer en el poder. Se sabía odiado, aborrecido por los más y la conciencia de ello le acrecía, por reacción contra lo exterior, las satisfacciones y gozos que hallaba en el servilismo, la solicitud, las adulancias de quienes dependían de él, consustanciando sus intereses, su prosperidad, con el mayor alargamiento posible de un mandato olvidado de cuanto fuese legalidad y Constitución. Pero no podía ignorar que sus enemigos usaban de válidos argumentos cuando le echaban en cara sus crecientes concesiones a los gringos, puesto que los gringos, tonto hubiese sido negarlo, eran universalmente detestados en el Continente. Sabíamos todos que nos llamaban "latinos" y que, para ellos, decir "latinos" era decir chusma, morralla, mulatería y merienda ñáñiga. (Hasta habían inventado el eufemismo de *"latín colour"* para justificar, en los hoteles de Nueva York o de Washington, la forzosa admisión de altos personajes cuya tez fuese de matiz un tanto exótico...) Y seguía el Primer Magistrado pensando en su obligado discurso, sin que la imaginación se le mostrara propicia. Palabras, palabras, palabras.

Siempre las mismas palabras. Y, sobre todo, nada de Libertad –con las cárceles llenas de presos políticos. Nada de *Honor Nacional* ni de *Deberes-para-con-la-Patria* –pues tales conceptos eran los que usaban siempre los militares alzados. Nada de *Misión Histórica* ni de *Cenizas de Héroes*, por la misma razón. Nada de Independencia que, en su caso, rimaba con dependencia. Nada de *Virtudes* –cuando se le sabía dueño de las mejores empresas del país. Nada de *Legítimos Derechos* –puesto que los ignoraba cuando chocaban con su personal jurisprudencia. El vocabulario, decididamente, se le angostaba. Y tenía un temible adversario delante, un tercio del Ejército soliviantado, y habría que hablar, y notaba el exasperado orador que estaba afónico, sin idioma –que ya no disponía de palabras útiles, dinámicas, estimulantes, porque las había malbaratado, les había mellado el filo, las había puteado, en despreciables escaramuzas, indignas de tal despilfarro. Como diría un campesino nuestro: "Había quemado pólvora en zamuros". –"Me voy poniendo viejo" –pensó. Y sin embargo había que inventar algo. Algo... Vació a sorbos cortos pero seguidos una de las cantimploras forradas de cuero, y, para aliviar la espera de lo que de adentro no le venía, tomó uno de los diarios de la mañana –*Le Fígaro*– que estaba doblado sobre el escritorio. (…)

Actividad 4

Respondé a las siguientes preguntas:

1. ¿Cómo llega el presidente a ser General?
2. ¿Cuál es su problema para hacer el discurso? ¿Por qué hay palabras que no puede usar?

Tercer fragmento (184-189)

10

...muchas cosas que, aunque pudiesen parecernos sumamente extravagantes y ridículas, no dejaban de ser generalmente recibidas y aprobadas por otros grandes pueblos.
DESCARTES

De semana en semana prolongaba el Primer Magistrado su estancia en Marbella, despachando los asuntos del gobierno desde una pérgola un tanto pompeyana metida en un laberinto de naranjos, al fondo del jardín. Temprano daba un paseo, a lo largo del litoral, montado en su caballo Holofernes, fuerte alazán de relumbrante pinta, desbocado y cerrero con todos, pero

hipócritamente sometido a un amo que, cada tarde, le llevaba a las cuadras un cubo de cerveza inglesa –*Guinness,* de la mejor– recibido siempre con jubilosos relinchos. El Presidente tenía motivos para estar contento, en aquellos meses, ya que nunca había conocido la Nación una época tan próspera ni tan feliz. Con esta Guerra Europea –que, a la verdad, y mejor no decirlo, estaba resultando una bendición de Dios– el azúcar, el banano, el café, el balatá, alcanzaban cotizaciones nunca vistas, hinchando las cuentas bancarias, levantando fortunas, trayendo lujos y refinamientos que, hasta ayer, parecían cosas de novela mundana o de películas centradas en las casi mitológicas figuras de Gabrielle Robinne, Pina Menichelli, Francesca Bertini o Lydia Borelli. Rodeada de selvas milenarias, la capital se había vuelto una moderna selva de andamios, de maderos apuntados al cielo, de grúas en acción, de palas mecánicas, en un perpetuo rechinar de poleas, martillazos en hierro y acero, coladas de cemento, remaches y percusiones, entre gritos de peones encaramados y de peones en tierra, silbatos, sirenas, acarreo de arenas y resoplidos de motores. Las tiendas se ampliaban en una noche, amaneciendo con vitrinas nunca vistas, donde unos maniquíes de cera –otra novedad– celebraban primeras comuniones, presentaban trajes de novia, atuendos de alta costura, y hasta uniformes de gabardina inglesa, bien cortados y acabados, para los militares de categoría. Unas máquinas hacedoras de melcochas, instaladas en los portales de la vieja Alhóndiga Real, asombraban a los transeúntes por el movimiento concertado de brazos metálicos que malaxaban, estiraban, compactaban, unas masas blancas, estriadas de rojo, que olían a vainilla y malvavisco. Proliferaban los bufetes, bancos, compañías de seguros, razones sociales, negocios de inversiones. El teodolito y la lienza transformaban terrenos anegadizos, eriales, potreros de cabras, en extensiones divididas, cuadriculadas, deslindadas, que, de pronto, luego de haber sido desde tiempos remotos "El conuco del lazarino", "Finca guachinanga" o "El Hato de Misia Petra", pasaban a llamarse "Bagatelle", "West-Side" o "Armenonville", fraccionándose en parcelas que, escogidas sobre el plano, casi nunca edificadas, aumentaban de precio al ser compradas y revendidas, varias veces al día, en oficinas de muchas Underwood, ventiladores dorados, mapas en relieve, preciosas maquetas, coñac y ginebra en la caja fuerte, donde se

regateaba y discutía entre copas y habanos, y llamadas de mujeres –era gran novedad– que ofrecían sus atenciones por teléfono, con acento extranjero prometedor de refinamientos a que se negaban –y era peor para ellas –las harto recatadas putas nuestras para quienes "el asunto" había de llevarse a la manera clásica, sin barroquismos, descoyuntamientos, ni fantasías, de ésas que se usaban en otras tierras. Las pianolas habían invadido la capital, desenrollando y enrollando los rollos de *La Madelon, Rose of Picardy, It's a long way to Tipperary,* del alba a la medianoche. En las botillerías de brisca y dominó, en los bares donde el ron Santa Inés era dejado por el *White Horse,* sólo se hablaba de ganancias que, debidas a la guerra, habían hecho olvidar la guerra misma, aunque las gentes todas –blancos, cholos, zambos, prietos, indios, "tostados"...– se hubiesen vuelto galicistas, tricolores, revanchistas, cucarderos, juanadearqueanos, barresianos, afirmando que pronto nos desquitaríamos del desastre de Sedán y volverían las cigueñas de Hansí a los campanarios *de* Alsacia y la Lorena. Con ello había nacido el primer rascacielos –cinco pisos con ático-, empezándose, de inmediato, la construcción del *Edificio Titán,* que tendría ocho. Y la vieja ciudad, con sus casas de dos plantas, se fue transformando muy pronto en una Ciudad Invisible. Invisible, porque pasando de ser horizontal a vertical, no había ojos ya que la vieran y conocieran. Cada arquitecto, empeñado en la tarea de hacer edificios más altos que los anteriores, sólo pensaba en la estética particular de *su* fachada, como si hubiese de ser contemplada con cien metros de perspectiva, cuando las calles, previstas para el paso de un solo coche de frente –de una recua, de un tren de mulas, de un carretón– sólo tenían seis o siete varas de ancho. Así, adosado a una columna infinita, trataba en vano el transeúnte de contemplar los primores de ornamentaciones perdidos en cielo de buitres y de auras. Se *sabía* que, allá arriba, había guirnaldas, cornucopias, caduceos, o bien un templo griego encaramado sobre el piso 5°, con caballos de Fidias y todo, pero sólo *se sabía,* porque esos alcázares, esos cimborrios, esos entablamentos, reinaban –ciudad sobre ciudad– en un reino vedado a las miradas. Y, más arriba aún, eran las estatuas, solitarias, desconocidas, desterradas, de un Mercurio –el de la Cámara de Comercio–, de una Minerva cuya lanza atraía las centellas de agosto, de aurigas, genios alados,

santos cristianos, que señoreaban, aislados unos de otros, ignorados por los hombres, un intrincado escalonamiento de azoteas, tejados de pizarra, tanques de agua, chimeneas, pararrayos, y casetas para mecanismos de ascensor. Sin darse cuenta de ello, las gentes vivían en Nínives insospechadas, en Westmínsteres vertiginosos, en Trianones volantes, con gárgolas y personajes de bronce que llegarían a viejos sin haberse tratado con la gente de abajo, atareada ésta entre pórticos, arcadas, soportales, que cargaban con un enorme peso de construcciones inalcanzables para la vista. Y como todo el mundo estaba ansioso de novedad, quienes llevaban dos siglos viviendo en mansiones coloniales, las dejaban prestamente para instalarse en casas nuevas, modernas, de estilo romano, Chambord o Stanford White…

Actividad 5

Respondé a las siguientes preguntas:

1. ¿En dónde se encuentra El presidente?
2. ¿A qué se dedica allí?
3. ¿A qué se debe la prosperidad que atraviesa su país en ese momento? ¿Cómo se muestra esa prosperidad?

Cuarto fragmento (307-308)

16

…hay mayor honra y seguridad en la resistencia que en la fuga.
DESCARTES

En marzo de aquel año fue necesario prorrogar la Moratoria, ya que, de no haberse prorrogado por decisión oficial, la moratoria habría sido prorrogada, alargada, estirada, llevada a los límites del calendario, por todos aquellos que se habían acostumbrado a su manejo. La traquimaña, la mala fe, la trampa, la fullería aliada a la insolvencia, se amparaban en la mágica, ensalmadora –y algo sepulcral– palabra Moratoria. Nadie pagaba nada. Los vecinos de cuarterías y conventillos recibían los cobradores de alquileres a pedradas y estacazos, soltando los perros para mayor información. Los mercaderes canarios,

los buhoneros sirios, negociantes al crédito, eran acusados de anarquistas por las amas de casa seguras de que hubiese un policía por los alrededores, cuando demasiado insistían en presentar una muy atrasada cuenta por venta de encajes o lencería. Se compraba cosas a plazos para ignorarlas el mismo día, sacando de aquí para tapar allá, recurriéndose al garrotero y al prestamista, en un perpetuo rejuego de papeles, de firmas, de estafas atajadas al filo de la denuncia, viviéndose de expedientes y de milagros, de rifas y de usuras, con tal circulación de cheques sin fondos que aun los que todavía tuvieran fama de ricos tenían que pagarlo todo al contado. Con todas éstas, ocurría que la ciudad nueva descrecía –ésa era la palabra: *descrecía*– tan rápidamente como hubiese crecido. Lo grande se achicaba, se achataba, se encogía, como regresando al légamo de fundación. Resudando una repentina miseria, los ambiciosos rascacielos de la ciudad –ahora más rascanieblas que rascacielos–, parecían más pequeños al deshabitárseles los pisos cimeros, abandonados por compañías en quiebras –pisos opacados, deslucidos por manchas de humedad, tristeza de cristales sucios, soledad de estatuas a las que, en semanas, habían salido lepras. Despintados, descuidados, los edificios se integraban en una suerte de grisalla urbana que degradaba, descalabraba, envejecía lo que fuera moderno un día para envolverlo en la vejez de lo que ya era viejo a comienzos del siglo. Los portales de la Bolsa, adormecida y casi desierta, se habían vuelto un mercado de pájaros cantores, papagayos y morrocoyes, con puestos de ensaladillas y elotes, oficinas de zapateros remendones, afiladores de cuchillos, vendedores de plegarias y amuletos, y consulta de curanderos por yerbas del monte.

Actividad 6

Respondé a las siguientes preguntas:

1. ¿Cómo aparece plasmada la corrupción?
2. Establecé una comparación entre la decadencia que pinta este fragmento con la opulencia del fragmento anterior.

Quinto fragmento (328-331)

Si la ira popular se desataba, si las masas se tiraban a las calles, buscarían un absceso de fijación, un objeto donde descargar sus martillazos, un chivo emisario, una Cabeza Máxima para alzarla en la punta de una pica, mientras ellos, acaso, tomando distintos rumbos de fuga, lograrían escapar por algún medio. De lo contrario, el furor los alcanzaría a todos por igual, y sus cuerpos, a falta del Cuerpo que tenían delante, irían a parar, arrastrados, descuartizados, sin semblantes identificables, a las cloacas de la ciudad –cuando no los hubiesen colgado de un poste telegráfico con infamante letrero en el pecho... El Presidente del Senado, por fin, tomó la palabra, diciendo lo que todos querían que dijese: Que después de tantos sacrificios hechos por el bien del país (aquí, enumeración de algunos...), en momentos en que nuestra nacionalidad era amenazada por fuerzas disolventes (aquí, imprecatoria contra socialistas, comunistas, beduinos internacionales (?), El Estudiante y su periódico, el catedrático de Nueva Córdoba y su partido creado ayer, como quien dice, con el pedante título de *Alfa-Omega* –"ése es el que más jode", comentó Peralta, al punto acallado por un disgustado gesto del escuchante), en estas horas críticas, se pedía al Primer Magistrado una suprema muestra de abnegación, etc., etc., porque si en tan grave trance nos abandonaba privándonos de los auxilios de su lucidez y sagacidad política (aquí, mención de otras cualidades y virtudes), la Patria, desamparada, sólo podría gemir, como Nuestro Señor en la Cruz: *"Eloi, Eloi lama sabachtani"...* El Presidente, que había escuchado con la cabeza gacha, caído el mentón sobre la pechera, abrió los brazos en un enérgico enderezo de todo el cuerpo: –"Señores, trabajemos... Queda abierto el Consejo." Hubo largos aplausos y cada cual ocupó su puesto en la larga mesa que centraba el salón contiguo, adornado de auténticos Gobelinos.

Y aquel día, a eso de las 3 de la tarde, empezaron a sonar muchos teléfonos. Unos, al principio, intermitentes y desperdigados. Luego, más numerosos, más subidos de tono, más impacientes en largar gritos.

Una multitud de teléfonos. Un vasto coro de teléfonos. Un mundo de teléfonos. Y llamadas de patio a patio, voces que corrían sobre los tejados y azoteas, pasaban de cerca a cerca, volaban de esquina a esquina.[...] Y diez que se asoman, gesticulando. Y las gentes que se tiran a las calles; y los que se abrazan, y los que ríen, y los que corren, se juntan, se aglomeran, hinchan su presencia, forman cortejo, y otro cortejo, y otros cortejos más que aparecen en las bocacalles, bajan de los cerros, suben de las hondonadas del valle, se funden en masa, en enorme masa y claman: "¡Viva la Libertad!"... Ya lo saben todos y lo repiten todos: el *Primer Magistrado* acaba de morir. De un infarto cardíaco, dicen unos. Pero, no; ya se sabe que fue asesinado por unos conjurados. Tampoco: el que disparó fue un sargento afiliado al *Alfa-Omega.* Pero no, tampoco fue así: uno que sabe, sabe que fue derribado por El Estudiante, así, con la misma pistola belga que el Hombre tenía siempre sobre la mesa, vaciándole todo el peine –unos dicen que esos peines son de seis balas, otros que de ocho– en el cuerpo. Un camarero de Palacio, que lo vio todo, dice... Pero ha muerto. Ha muerto. Esto es lo grande, lo hermoso, el júbilo, la enorme fiesta. Y parece que están arrastrando el Cadáver –el enorme Cadáver– por las calles. Lo vieron los del barrio de San José –tirado de un camión, rebotándole el cráneo sobre el adoquinado. Ahora, ir hacia el centro cantando el Himno Patrio, el Himno de los Libertadores, *La Marsellesa, y* algo de *La Internacional* que surge de pronto, inesperadamente, a la luz del día, entonada en coro... Pero en eso aparecen los carros blindados de la 4' Motorizada, abriendo fuego sobre la multitud. Dispara, de golpe, la guarnición de Palacio, resguardados los hombres por los anchos balaustres de la terraza superior y los sacos de arena traídos días atrás. Caen granadas de la torre de la Telefónica, abriendo aullantes boquetes en la muchedumbre que, abajo, se aglomeraba en un mitin.

Asoman sus bocas, en las esquinas, docenas de ametralladoras. Cerrando las avenidas avanzan ahora, lentamente, pausadamente, policías y soldados en filas apretadas, largando una descarga de fusil a cada tres pasos. Y ahora corren, huyen, las gentes despavoridas dejando cuerpos

y más cuerpos y otros cuerpos más en el pavimento, arrojando banderolas y pancartas, tratando de meterse en los zaguanes, de forzar las puertas cerradas, de saltar a los patios interiores, de levantar las tapas de las cloacas. Y las tropas avanzan, despacio, muy despacio, disparando siempre, pisando a los heridos que yacen en el piso, o rematando, a culata o bayoneta, al que se les agarra de las polainas y botas. Y, al fin, luego del descrescendo y dispersión de la turbamulta, quedan las calles desiertas otra vez. Salen los carros bomberos para apagar algunos incendios. Suenan, aquí, allá, desgarradas, largas, en roja insistencia, las sirenas de ambulancias. Al caer la noche, todas las calles son patrulladas por el ejército. Y tienen todos –todos aquellos que tanto hubiesen cantado los himnos y dado vivas a esto y aquello– que darse cuenta de una realidad atroz. El Primer Magistrado se asesinó a sí mismo, hizo difundir la noticia de su muerte, para que las masas se echaran a las calles y fuesen ametralladas en soberano alcance de tiro... Y ahora, sentado en la silla presidencial, rodeado de sus gentes, celebraba la victoria: –"Ya verán cómo mañana se abren todas las tiendas, y se acaban las cabronadas y mariqueras." Afuera, seguía el coro de las sirenas. –"Trae champaña, Elmira. Del bueno; del que está en el mueble que tú sabes"... De tarde en tarde sonaba un disparo de rifle, aislado, lejano, de sonido más débil que el de las armas reglamentarias. –"Todavía queda, por ahí, algún pendejo" –decía el Mandatario–: "Señores: una vez más, la hemos ganado"...

Fragmentos citados de la edición de Losada, 2004.

Actividad 7

Respondé a las siguientes preguntas:

1. ¿Qué ocurre cuando “muere” El presidente?
2. ¿Con qué objetivo se hace creer que El presidente ha muerto?
3. ¿Cuáles son las consecuencias?

Actividad 8

1. Elegí algún breve fragmento de lo que leíste de *El recurso del método* que consideres que tiene elementos del realismo mágico.

2. Explicá por qué lo elegiste. Podés usar alguna cita de lo que vimos acerca del realismo mágico para elaborar tu respuesta.



Podés consultar la clave de respuestas que encontrarás al final de la etapa.



Te recomendamos esta entrevista hecha a Alejo Carpentier en un programa de la televisión española, realizado en 1977.

http://video.google.com/videoplay?docid=-6719356898531977976

Actividad 9

Relacioná lo que dice Ángel Rama en el siguiente fragmento, respecto al protagonista de la novela, con los fragmentos leídos del texto de Asturias.

> *El "Primer magistrado" oscila entre el "allá" y el "aquí", París y la capital de su pequeña república. A un lado lo convocan el hedonismo meteco, el placer cultural; al otro, las revueltas de sus lugartenientes, las revoluciones de sus estudiantes, pero también los sabores, las energías profundas de su ambiente, "la pulsión visceral de un mundo en gestación" que es el elemento que lo redime y que completa su imagen auténtica. En este deambular se nos dibuja un trama que ya ilustrara Carpentier en sus obras, porque el tema obsesivo que ha dado nacimiento a su narrativa es el diálogo Europa-América que se definió en El reino de este mundo, recorrió sus posteriores novelas y en ésta alcanza un nuevo y riesgoso nivel de su problemática.*

Rama, Ángel, Los dictadores latinoamericanos, FCE: 1976.



CLAVE DE LAS ACTIVIDADES

Actividad 8

Es importante que vuelvas a leer lo que vimos en el primer encuentro acerca del realismo mágico, que pienses cuáles son las características que aparecen en los fragmentos leídos y que lo justifiques con tus palabras. Además, siempre se puede recurrir a alguna cita tanto de los textos teóricos como de la novela para justificar lo que afirmás. Recordá que las citas textuales van entre comillas y que se tiene que aclarar quién es el que lo dice.